

RIESGO Y VENTURA DE LA INDUSTRIA MEJILLONERA

Los temporales de noviembre y diciembre han originado grandes destrozos, en la industria mejillonera de Galicia. De todas las Rías y ensenadas donde se han instalado viveros flotantes, la de Arosa ha resultado especialmente castigada. Los daños han sido generales en cuanto a pérdida de cuerdas cuajadas de cría en plena fase de engorde del molusco, pero en muchos casos han producido la destrucción o el hundimiento del artefacto completo. La cuantía de las pérdidas, aunque no se haya hecho aún su balance completo, es posible que se aproxime a veinte millones de pesetas.

No puede ocultarse que una situación de tales efectos económicos crea un problema de importancia grave. Tanta, que puede yugular la expansión de una industria, de la que Galicia está obteniendo un ingreso considerable, y es susceptible de incremento mucho más sustancial. Entendemos que frente a la inquietud que hechos tan adversos producen, la industria no puede cruzarse de brazos, ni la reacción limitarse a superficiales comentarios periodísticos sobre la magnitud de las pérdidas, y sobre su periodicidad.

La industria mejillonera a base de establecimiento de crias se ha montado en Galicia con simpático optimismo. Pero después de su éxito inicial, los intereses implicados en una rama tan interesante de la producción de especies sedentarias no han organizado debidamente su defensa, frente a las eventualidades propias del negocio. Tanto de las que derivan de la veleidad de la Naturaleza, como las que motivan este comentario, como de las que atañen al mercado de los productos obtenidos. Como en otras manifestaciones de la vida económica regional, el individualismo estrecho viene frustrando todo esfuerzo de cooperación, y dejando los intereses colectivos a la deriva.

Dado el volumen de la producción del mejillón en Galicia, es incontestable que los precios deberían ser fijados al ser lanzada la oferta. Viene sucediendo todo lo contrario, de modo que la producción ha de emprenderse a precios que no siempre cubren los costos, y que en modo alguno puede cubrir eventualidades sinistras, como las que esta industria acaba de soportar. He ahí, para nosotros, lo primero que urge salvar, porque de otro modo el sacrificio de los viveristas gallegos sólo serviría para el engorde de la especulación, sin que siquiera el consumidor se beneficie de la extrema exigüidad del precio primario del mejillón reclado.



Este problema no es el único, pero nos parece el más urgente. Es necesario que la proteína animal, tan rica y sabrosa, que nuestros viveros flotantes ofrecen a la despensa española, reciba de ésta el trato comercial compensador, para que la fuente pueda seguir subsistiendo y expandiéndose. Pero hace falta pensar en algo más.

Hace falta pensar en si el sistema de viveros flotantes es el adecuado para este tipo de producción, y si no valdría la pena estudiar su transformación en instalaciones fijas. No tenemos elementos de juicio para optar por una u otra solución, pero parece innegable que la adopción del vivero se ha hecho rutinariamente, a imagen y semejanza de los que desde muchos años antes funcionaban en la bahía de Barcelona, donde la exposición a los temporales es mucho menor que en la costa atlántica.

Sabemos que en otros países el engorde artificial a base de crias extraídas de viveros naturales, se hace prescindiendo de balsas flotantes. Pueda o no seguirse entre nosotros este camino, mucho menos costoso que la inversión en los artefactos actuales, merece ser estudiado. Aún en el supuesto de que no fuese practicable, sería necesario pensar en proteger con alguna escollera u otra obra las zonas destinadas a la localización de los viveros flotantes.

Dejamos estas ideas, hlvianadas sin propósito de ahondar en el tema, para que pueda servir de punto de partida a más cuidadosas labores. Nos parece que en interés de todos, pero de los industriales afectados en primer término, el problema debe ser abordado. Incluso creemos que justificaría una reunión de interesados y técnicos en mesa redonda, para trazar normas de acción futura. La gravedad del problema debe inspirar algún esfuerzo positivo, sin esperar a que otros vengán a sacar las castañas del fuego.

Otros, que no vendrán.—MAREIRO.